

Fanzine

Marzo-abril

2023

BALADÍ

Vol.16

Baladí es un fanzine periódico publicado por la Universidad para Mayores.

Este volumen, **número 16 de la tercera época**, salió a la luz el día 21 de abril de 2023, aniversario del fallecimiento de Mark Twain, autor de Las aventuras de Tom Sawyer.

Consejo editorial:
Sara Alfonso Moro
Cristina González Fernández
Marco Antonio Ramos Bermúdez
Rafa Yáñez Jato

© de los textos e imágenes, sus respectivos autores.

Contacto:
baladi.um@ucm.es



UNIVERSIDAD PARA MAYORES

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

EN ESTE NÚMERO...

INTRODUCCIÓN

Pág. 5. La primera vez... Forges.

Pág. 6. 75 años de Zipi y Zape.

Pág. 7. Apunta al pecho

Pág. 10. El primer cómic de España.

Pág. 12. Relatos.

Pág. 52. Un cómic de película.

Pág. 54. Palabras curiosas.

Pág. 55. Personajes inolvidables.

Pág. 58. La memoria de un edificio (1ª parte).

Pág. 62. Siguiendo el camino. Costumbres y tradiciones.

Pág. 67. El Casette.

NUDO

DESENLACE

Pág. 68. La cara oculta del arte.

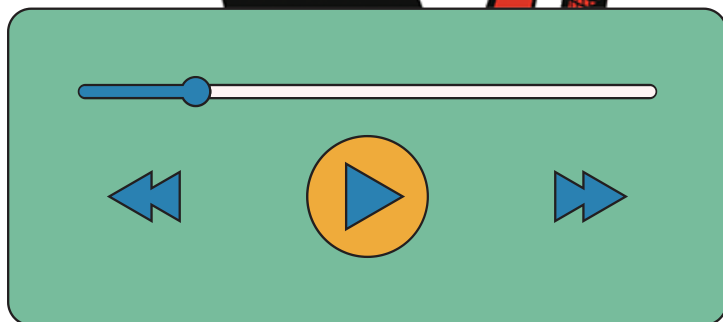
Pág. 70. Bienvenido Mr. Marshall.

Pág. 71. Reseñas.

Pág. 73. La kermés de Cándido.

Pág. 75. La viñeta de Junco.

ACOMPaña TU LECTURA CON NUESTRA PLAYLIST



La primera vez de...

En este número queremos recordar a Forges, que siempre que visitaba por primera vez alguna Institución regalaba una viñeta para pensar.

La que nosotros recogemos corresponde a su primera visita al CMU Diego de Covarrubias de la Universidad Complutense.

Por favor, no os olvidéis de estorbar...



75 AÑOS DE

ZIPi y ZAPE

Hace 75 años, Manolo Escobar creó a los gemelos revoltosos más famosos del cómic: ¡Zipi y Zape!

Al principio, sus historietas eran breves, de una a ocho páginas, y se publicaban en otros tebeos como "Pulgarcito". No sería hasta 1971 que apareció la revista semanal "Zipi y Zape" y la mensual "Super Zipi y Zape". En 1981 Enrique Guevara escribió y dirigió la película "Las aventuras de Zipi y Zape", de imagen real. Escobar continuó dibujando sus historias hasta su muerte en 1994. En el año 2000, Zipi y Zape se convirtieron en dibujos animados con la productora BRB.

Fueron muchas las generaciones que pasaron sus tardes inmersas en las aventuras de estos dos gemelos y que sin duda recordaran también a otros personajes como Don Pantunflo Zapatilla, Doña Jaimita Llobregat, Miguelita, Sapientín Empollinez, los abuelos Zapatilla, Don Minervo, el Manitas de Uranio... ¡y muchos más!

Para las nuevas generaciones, Zipi y Zape ha regresado esporádicamente al cine en los años 2005, 2013 y 2016, llegando a ganar varios premios Goya.



Fotografía de zipiyzape.com



**APUNTA AL
PECHO**



Cuando le canta su Abu,
la nana, nanita, ea...
al gran amor de su casa...
ésta dormida se queda.

Y se para, el mundo entero,
su niña se está durmiendo.
Y él, meciéndola en sus brazos,
quisiera parar el tiempo.

Porque le roba el sentido,
y todas las penas le quita.
¿Con quién estará soñando,
su caprichito pequeño?.

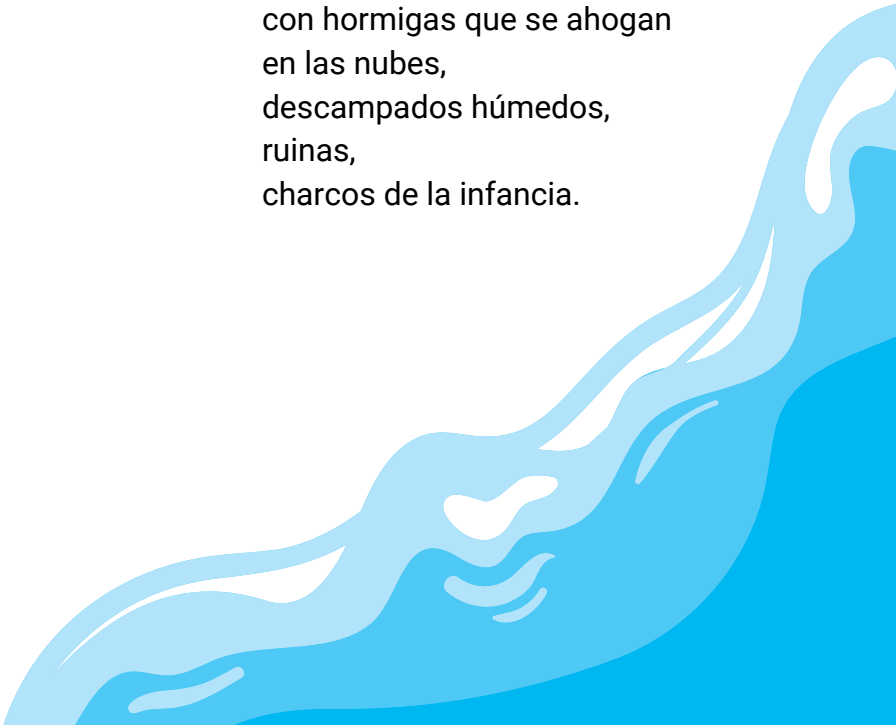
Su Abuelo, la está besando,
su Abu, la está adorando,
mientras susurra a su oído...
mi amor crece... despacito.



CHARCOS

SERGIA SÁNCHEZ

Un juego
esparcir el agua,
pisar el cielo,
saltar sobre espejos
que deja la lluvia en la tierra,
atravesar con un salto
paisajes reflejados en la tarde,
con hormigas que se ahogan
en las nubes,
descampados húmedos,
ruinas,
charcos de la infancia.



HISTORIA DE LAS DESGRACIAS DE UN HOMBRE AFORTUNADO

El primer cómic de la historia de España fue una tira llamada "Historia de las desgracias de un hombre afortunado", creada por Víctor Patricio de Landaluze en:

¡1857!

Las tiras aparecieron en los números 6, 7 y 13 de la revista "La Charanga", publicada en Cuba, que por aquel entonces era una colonia española.

El personaje principal del cómic era muy dinámico y con una estética muy característica, siempre en busca de posición social, aunque con un final desgraciado, como no podía ser de otra manera.



Fotografía de tebeosfera.com

José Luis Amo

UN RINCÓN PARA LA LECTURA...





DIOSES ABURRIDOS

Pedro Bonilla Arroyo



Lo leí hace tiempo en el periódico. Entró por mis ojos, pero se quedó en mi garganta adherido como un sapo. No hay derecho, me dije, a que tan temprano te jodan con estas cosas. Son ganas de abatir el ánimo del probo ciudadano: una foto a todo color, de media página, ¡con un niño agonizante en brazos de su madre! Desde luego que no hay derecho, por más que se halle en un lugar remoto, allá por África. Los medios informativos deberían ser más sensibles al evaluar el impacto demoledor que ciertas noticias pudieran producir en el ánimo del lector mañanero y dejar que desayune tranquilo, concentrado en la ardua tarea de untar la fría mantequilla bien repartida sobre la tostada. Es más, en mi caso debo hacer un esfuerzo adicional para poner mis perezosos pensamientos en orden, cosa que requiere una porción de tiempo variable dependiendo de la noche, en un entorno relajado.

Se me quedó la imagen de ese niño impresa en las retinas, incluso cuando me senté frente a Sonia, una hora después, para comentar los asuntos del día. Permanecí absorto mientras ella me hablaba, sucumbiendo a la voluptuosa necesidad de abrir el periódico de nuevo por la misma página, mientras ella, con una serenidad indolente, ojeaba su dietario con la taza de café suspendida en el aire, ignorante de mi lamentable estado emocional.

El artículo seguía: “(...) Al otro extremo del Lago Kivu, en el Campo de Mugunga, cerca de Goma, continuaron ayer los enfrentamientos entre rebeldes tutsi y milicias hutu, mientras a la capital de Kivu norte lograron llegar ayer varias decenas de refugiados del Campo de Katale con relatos espeluznantes: hasta sesenta de sus compañeros de viaje murieron de hambre y sed en el camino”.

- El expediente doce barra ciento treinta tenemos que retirarlo hoy del Juzgado - me espetó Sonia a bocajarro.

Levanté la cabeza y la miré horrorizado.

- ¡Hijo mío, vaya cara! ¿te pasa algo?. Con que llegues a las diez y media o las once es suficiente. Tenemos la reunión con Abel Richmond a última hora de la mañana.

A veces, me da la impresión de que el mundo se detuviera, en un espacio metafísico, de partículas fragmentadas, sin concierto, en ningún lugar de la nada. Dios no puede ser cómplice de esta mugre, aunque me intente confundir la

retórica de sus enviados. Quiero creer que es un artificio, urdido para envenenarnos el café, agitar las acomodadas conciencias de los que aún creemos que el Universo está equilibrado y es perfecto porque el Creador se lo curró durante una semana. Pudiera ser también que estas desgracias sean premeditadas alteraciones del mismo demiurgo, a modo de diagnosis, para verificar la precisión del giro y corregir posibles disfunciones mecánicas y/u orgánicas. Por otro lado, estas anomalías son fácilmente detectables por eso mismo, por el regular sincronismo de



Obra de Jesús Martínez García



la compleja maquinaria al que estamos acostumbrados en nuestras acomodadas rutinas; accidentes programados, diríamos, subjetivados al diagrama plano de nuestra existencia.

No hay duda, la rotación es constante, sincrónica y precisa en todo el firmamento, y creo que quienes “mandan” juegan a engañarnos. Somos la única especie que genera dioses, y como dijo Yuval Noah Harari, “¿hay algo más peligroso que unos dioses insatisfechos e irresponsables que no saben lo que quieren?”.

Al otro lado de la ordenada mesa, Sonia, displicente, fuma ahora un cigarrillo y me observa de manera sospechosa. Las volutas caracolean verticalmente hasta disiparse sobre su cabeza.

Yo, recordé una lectura reciente sobre la vida de Jeremy Bentham, precursor del utilitarismo, y concluí que el tipo era un ingenuo, es decir, es imposible la aritmética de lo útil, porque el dolor y el placer no admiten cálculos de previsión ni sus consecuencias.

La misma noticia apuntaba: “El viceprovincial de los maristas de Madrid declara: Cuando nuestros hermanos se fueron a la zona, sabían que iban a la muerte”, refiriéndose a varios misioneros que fueron asesinados, según parece, por militares hutus pertenecientes al antiguo ejército ruandés, mencionando más tarde los nombres de los religiosos.

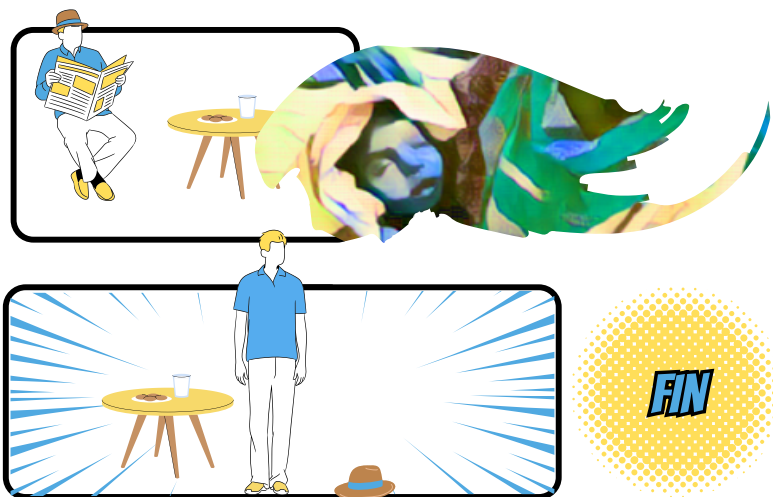
- ¿Y bien? Me rescató del ensimismamiento con una sonrisa interrogante.

- Un segundo –le dije.

Seguí leyendo... Servando Mayor, Miguel Ángel Isla, Fernando de la Fuente, Julio Rodríguez y otros muchos, supervivientes o asesinados, ocupaban el lugar que ignoramos la legión de mediocres incapaces de elegir nuestro destino, de quienes no sabemos diferenciar entre lo verdaderamente importante y lo que no lo es. Lo auténtico de lo falso. Ellos gozaron el privilegio de elegir, aunque la decisión no fuera la acertada.

Me levanté de un salto.

- ¿Sabes qué te digo?... ¡estoy muy cabreado. Necesito aire!



60 AÑOS

IRON MAN

**EL SUPERHÉROE IRONMAN HIZO SU PRIMERA APARICIÓN EN "TALES OF SUSPENSE"
EN 1963 Y RECIBIÓ SU PROPIO TÍTULO EN "IRON MAN #1", EN 1968**

**EL PERSONAJE FUE CREADO POR STAN LEE, AUTOR DE OTROS GRANDES CÓMICS
COMO SPIDERMAN, HULK Y THOR, ENTRE OTROS.**





A un lector desconocido

Nací en los años 50, y conforme a esa fecha, es el **tigre** quien me representa según los expertos en estas cuestiones. Con valores de valentía y poder que se me suponen dada esa identificación.

No estoy seguro de poseer esos atributos , pero creo tener la fuerza del **oso** para combatir la enfermedad que reiteradamente me acosa.

La resistencia del **búfalo** para vencerla, y la determinación del **león** para mirarla de frente.

Quisiera llegar a cierta longevidad como las **tortugas**, pero se la deseo más a mi mujer, que también está amenazada por su propia espada de Damocles.

No estaría mal tener la memoria del **elefante**, y que fuera selectiva, para recordar lo mejor de mi vida en color y lo peor en blanco y negro.

Deseo seguir teniendo el instinto familiar de las focas, y que los míos sean lo más importante, mi principio y mi final.

Si la **mariposa** tiene el arte de la transformación, me gustaría usarlo para cambiar lo que no me gusta de este mundo, aún sabiendo que es infantil, ilusoria y utópica mi petición.

Sería bueno tener la inteligencia natural de la **ardilla**. porque quizás ayudaría a lo que estoy escribiendo, dándole más enjundia.

Si algún caso extremo me pusiera en disposición de decidir, quisiera tener la piedad de la **cigüeña**.

Quiero seguir teniendo, si es que algún día la tuve, la constancia de la **golondrina** para seguir compartiendo sentimientos con desconocidos que a partir de ahora dejarán de tener esa condición, después de leer este escrito.

Quisiera tener la paciencia del **buey**, para cuando nada sale como quieres.

La **grulla** es la esperanza de las gentes

y espero que seáis condescendientes

con este intento de verso.

Pero no se trata de eso,

porque no quiero seguir rimando



sino seguir contando.

Anhelo sentir la ternura de la **paloma**, que seguro experimentaré cuando alguna de mis hijas me haga abuelo.

Por qué no seguir explorando como hace el **lobo**, y encontrar en los demás cosas que no te imaginabas, y que quizás te sorprendan para bien o para mal, pero así es la vida, prueba y error.

Me gustaría ser **colibrí**, que detiene el tiempo , para volar por los campos de batalla y parar las guerras.

Quiero la fidelidad del **perro**, para seguir siendo fiel a mis principios, que me han hecho caminar por la vida reconociéndome y siendo reconocible.

Desearía tener la vista del **águila**, y ver venir al enemigo taimado a lo lejos.

Estaría bien gozar de la velocidad de la **avestruz**, para alejarse de todo lo tóxico, incluyendo a las personas.

Deseo seguir sintiendo la dulzura del **cordero**, que me regala mi mujer cada día.

Quiero tener la robustez de los **caballos**, para que sus crines se conviertan en asideros, donde se puedan agarrar y huir de realidades injustas quienes lo necesiten.

Y dada la inteligencia del **chimpancé**, me gustaría hablar con él para preguntarle si de verdad soy familiar suyo, y quizás entender la poca racionalidad que a veces mostramos.

He hablado de querencia

y habéis tenido paciencia.

Ahora toca lo antitético

que espero sea sintético.

No quiero tener la estupidez de un **asno**, y así solo emplearme a fondo con lo que tiene sentido.

No quiero tener el miedo de la **liebre**, que se paraliza con las luces de frente, yo quiero que me haga detenerme la luz



Pintura de Irma Bucholska Wazniac

limpia de los ojos que hay en los demás.

No quiero tener la astucia mal entendida del zorro, sino el buen juicio para acertar en mis decisiones.

No quiero la sumisión del camello, y solo agacharme ante el débil o enfermo, para ayudarle a levantarse.

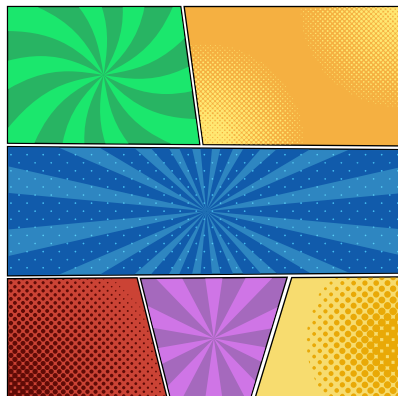
Finalmente no quiero ser de ninguna manera el Ave Fénix, porque sería muy mala señal para mí, por el paso previo que ello supondría.

Y aunque los animales sienten emociones, miedo, felicidad, tristeza, algunos hasta ríen, tienen inteligencia y destellos de empatía con sus congéneres, **yo**, con quién más me identifico es con otro animal, y ese es el **ser humano**. Capaz de lo mejor y de lo peor, de ser genocida o héroe, traidor o dar la vida por su patria, de permanecer indiferente a las tragedias que le rodean o solidarizarse con los que sufren por ellas, de apostar por la libertad o sojuzgar a sus iguales, que mata a su semejante teniendo conciencia de ello o dona sus órganos para salvarle.

Por eso, a pesar de todo, ese **animal**, que compone música, escribe poesía, esculpe esculturas y pinta cuadros, es mi favorito.

Un ser humano portador de los valores eternos que van pasando de unos a otros desde tiempo inmemorial.

¡A él, es a quién elijo!



Siempre estamos diciendo que en las grandes ciudades nos sentimos seres anónimos y que somos invisibles para la mayoría que nos rodea, pero yo creo que eso es un poco exagerado, veréis:

Hace unos años trabajaba a unos 40 km de Madrid, y como soy alérgica a conducir, a pesar de tener permiso desde hace un montón de tiempo, iba y venía en transporte público.

Cada día a primera hora de la mañana esperaba el BUS Interurbano que baja del pueblo a la capital, en un intercambiador de superficie que estaba en una plaza llena de usuarios a esas horas.

El día al que me refiero, había una luz incierta del amanecer, era al final del invierno; como cualquier otro día laborable, llevaba un rato esperando, cuando miré el reloj y empecé a impacientarme porque a esa hora el autobús ya debería estar allí para recoger a los viajeros y salir a la hora prevista, pero... no estaba.

Observé que en los andenes cercanos también había más viajeros de los habituales y, era porque los autobuses que llegaban de la periferia no lo hacían como otras mañanas puntualmente.

Ese día se me había olvidado la novela que llevo siempre en mi cartera para leer en el trayecto, así que, saqué la pitillera donde guardo mi pequeña radio y, al colocarme los auriculares, observé que algunos compañeros de andén se acercaban más a mí; y una joven maestra que se solía sentar cerca en el bus, casi todas las mañanas, me miró con un punto de angustia y me preguntó:

- ¿Podrías poner las noticias por si dicen algo?... he oído que ha habido un atentado en Atocha y mi amiga, la que va todos los días conmigo viene desde allí a coger el autobús y... hoy no llega.

Yo la miré sorprendida; cuando salí de casa, hacía casi una hora no había oído nada, conecté la radio y, le cedí uno de los auriculares, el locutor hablaba muy excitado y solo iba dando cifras de posibles fallecidos, que crecían continuamente, 25, 27, no se sabía bien, así como tampoco se sabía a ciencia cierta lo que había pasado en la estación, aunque ya se conocía que había habido otra explosión en otra estación....

Por fin llegó el 722, subimos en silencio y durante el trayecto que normalmente es de treinta minutos, ese día duró cerca de hora y media.

Todos en el bus estuvieron pendientes de los comentarios que tanto mi compañera de asiento como yo íbamos haciendo de las noticias que oíamos por mi pequeña radio. Ese día, percibí que, aunque nunca nos habíamos dirigido la palabra, todos y cada uno nos reconocíamos en los otros, los compañeros de viaje de todos los días, mentalmente repasé a los ausentes de aquella mañana funesta, ¿estarían en esas cifras que desgranaba la radio, o simplemente es que dado el caos circulatorio no habían llegado al intercambiador?

Por muchos motivos nunca podré olvidar aquella mañana de MARZO de 2004.



Pintura de Irma Bucholska Wazniac



El pasado mes de enero, la Biblioteca Nacional ha publicado la lista de aquellos autores y títulos que han pasado a ser de dominio público en 2023.

En nuestro país, el paso a dominio público sucede en el 80 aniversario de la muerte del autor, mientras que en otros países es a los 70 años.

En la lista de este año encontramos las obras de Miguel Hernández y del austríaco Stefan Zweig, lo que significa que sus obras ya no están protegidos por las leyes de propiedad intelectual.



Sentada en una silla de ruedas, desde la terraza de la antigua casa de mis padres, donde me crié, miro como cada día a la fachada de enfrente, hoy de pies, con las piernas cruzadas y los codos en la barandilla, leo el cartel que tanto me enseñó: “Tomás, libros de ocasión. Cambio de cromos”.

En una estrecha calle y una fachada con los escaparates tristes de cristales sucios y dañados, la vida la daban las estanterías repletas de libros alborotados y una mesita de ofertas, con tebeos y bolsas de cromos que Tomás, sentado en una silla de enea, vigilaba mientras asesoraba a los pocos clientes del barrio que le demandaban novedades. Más tarde, asomaban los niños a la salida del colegio, dispuestos a cambiar el taco de cromos bien enrollados en sus bolsillos con una goma.

Cada mañana, Tomás antes de sentarse, miraba a mi balcón, sonreía y me saludaba con su mano de algodón usado, pero nunca hablábamos, hasta que una tarde de mucho sol, mamá llegó al balcón, y me dijo:

—Begoña, tienes visita.

—¿Yo?, ¿quién es? —intenté levantarme pero no pude, aunque a veces lo conseguía.

—Buenos días, Begoña. Nos conocemos mucho desde lejos. Soy Tomás, el librero, y te traigo unos cuentos, quiero que no dejes de leerlos y cuando se acaben, los cambiamos. Después me besó y se fue.

Tomás me subía los libros, pero pronto me invitó a bajar con él a la salida de los colegios. Mamá me acercaba al portal y él me cruzaba la calle. Supo cambiarme la vida. Él me regaló mis primeros álbumes de cromos “Siete cuentos infantiles” y “Mariana y la Primavera”. Con Tomás todo era divertido.

Pero había un sótano que me daba miedo. Se bajaba por unas escaleras sucias de madera polvorienta. Subía un olor rancio de bar y de vez en cuando, aparecía Pedro, el único hijo de Tomás, cetrino y con mirada abstracta, que no quería estudiar ni trabajar en la librería; sin embargo, era el encargado de tener el sótano ordenado y limpio pero no era cierto. Apenas hablaba con nadie y a mí, siempre me miraba de reojo. Yo pensaba que me tenía envidia, y no sé de qué, ¡yo vivía sentada en una silla de ruedas! Me llamaba “la coja”.

Al cabo de unos años y una larga operación, los médicos lograron cambiarme la silla de ruedas por dos muletas, y a la vez, Tomás decidió que trabajase con él en la librería. Me nombró su ayudanta. Yo ya le quería mucho, creo que él a mí más, pero Pedro cada día me aguantaba menos. Siempre que podía fingía tropezar con las muletas y me tiraba al suelo, también me llamaba para que bajara las viejas

escaleras hasta el sótano, pero yo me negaba; aquello tenía que ser el infierno con él dentro. Allí hasta la luz se negó a entrar.

Tomás siempre que bajaba arrastrando sus pesadas piernas encendía la mecha de un quinqué de petróleo que siempre mantenía colgado junto a las escaleras. Desde arriba yo los oía discutir paralizada, y al subir, hundido en la pena, me decía: “Este hijo acabará matándome”.

Tomás era sabio y tierno, me recordaba a Chejov con su perilla y las gafitas redondas pero más gordo y peor vestido. Su más bella conversación era hablar de libros, lo sabía todo, me explicaba la vida de los autores y podía inventarse cualquier relato en unos segundos. Ya de mayores, jugábamos a decir una primera frase él, yo seguía y él continuaba y así fui haciéndome un libro de “Relatos Nuestros”.

Le veía caminar cada vez más torpe, cambió zapatos por zapatillas, respiraba peor y fue perdiendo la vista hasta casi quedarse ciego pero no desistía, se pasaba las horas hojeando libros antiguos y acariciándolos como si fuera un sanador de bebés.

Sigo fija en el cartel descolgado. El polvo no deja leer, solo aprecio “Tomás”. Murió en una de sus cabezadas. Le lloré mucho. Quise mantener la librería soñando en que Tomás seguiría vivo en ella, y yo también a su lado escribiéndole relatos.

Qué días tan tristes leer desde mi balcón la esquila de “Cerrado por defunción”, me arrancaba lágrimas infinitas. Pedro puso la librería patas arriba buscando dinero y solo se dirigió a mí para decirme “coja, por aquí no vuelvas o quemo la librería contigo dentro”. No volví, tampoco le entregué las llaves.



Pintura de Irma Bucholska Wazniac

La sorpresa fue que a los pocos días, nos llegó la llamada de un Abogado. Tomás me dejaba heredera de la librería y Pedro, continuaría encargado del sótano con un sueldo. Pedro no pareció extrañado durante unos segundos pero de pronto, se levantó del sillón y chilló: “eres una puta coja”. Con la cara descolgada y mirada amenazante, pateó las muletas y salió del despacho con un portazo que nos encogió. Los ojos del abogado clavados en los míos me anticipó mucho.

Aquella noche, los bomberos me despertaron. Cuando me levanté, el humo del incendio del sótano desbordaba la calle. A Pedro, ennegrecido y con gritos, le escuché decir mirando a mi balcón: “La mataré, juro que la mataré”. La espuma limpió algo los cristales” Tomás. Libros de ocasión...”.

Cancelé el sótano pero él volvió a los pocos días. No se detuvo. Me retiró de un empujón y bajó al abismo. Si comía o dormía no me importaba y solo unos minutos antes del cierre de la librería, era cuando escuchaba el crujir de la madera quemada; sujetaba con fuerza las muletas y me apoyaba en un rincón observando cómo aparecía poco a poco su cuerpo... Con amenazas, me pedía dinero, yo se lo daba. Oliendo a vino le veía salir arrastrando los pies y era entonces cuando yo echaba el cierre.

Y cuanta más alegría ganaba la librería, más se encogía ese sótano sin alma; más esfuerzo y miedo me causaba Pedro, pero el recuerdo y agradecimiento por Tomás me devolvía las fuerzas. Apenas sacaba dinero para los dos y Pedro, que

comenzó a frecuentar salas de juegos, cada día me reclamaba más. Vivía enloquecido. Se dirigía a mí con los ojos desencajados. Adelgazó y se arañaba la cara. “Te mataré”, era su único saludo al entrar y salir cada día del sótano.

Una mañana, pensando que no había llegado, bajé unos escalones y me asomé al infierno. Un tentáculo húmedo me agarró la pierna y rodé hasta el fondo. No debí confiarme. Era él, estaba borracho, y endemoniado, partió las muletas, me abofeteó, me arañó la cara como si fuera la suya, me ató a una estantería quemada y se apoderó de la primera planta. Desde el sótano, escuchaba amordazada, cómo los clientes preguntaban por mí. Ya no trabaja aquí, contestaba. Un nudo de sentimientos oscuros me reventaba la razón.

Pedro salió una tarde y extenuada, logré alcanzar el último peldaño de la escalera. Mi brazo se apoyó en la bandeja del quinqué y cayó al suelo. Me fijé unos segundos en la mecha apagada y conseguí salir a la calle a rastras. Una ambulancia me llevó al hospital. Dije que tropecé y caí rodando al sótano. Acudí al abogado para explicarle lo ocurrido. No quise denunciar. Él me contó que desde el día que nos citó en su despacho, sabía que lo que se estaba gestando era una guerra, la dualidad entre el bien y el mal. El abogado deseaba ayudarme pero no estaba siendo nada fácil, porque Pedro era una masa de carne inútil y enfermiza que resucitaba cada mañana para hacer sufrir a los demás.

—¿Y qué piensas hacer?, supongo que denunciarás lo ocurrido —me dijo con los ojos bien abiertos y esperando, supongo, una respuesta afirmativa.

—No lo sé. No quiero denunciarle. Vivo con miedo pero soy valiente. Sabes que la librería ya no existiría si fuera por Pedro y creo que Tomás la quería más que a él. Tiene que seguir abierta, pero ¿cómo, mientras habite en ella semejante personaje? La cabeza me estallará de tanto cavilar pero algo haré. Te juro que algo haré.

Lo primero que pensé fue catalogar y llevar libros antiguos a un almacén pensando en reformar la librería a lo grande, y la sorpresa fue que mientras los catalogaba, uno de los libros de Chejov estaba hueco por dentro y en él, me encontré con un fajo bastante importante de billetes de quinientos y cien euros, posiblemente lo que tanto buscaba Pedro; y mientras yo divagaba entre contárselo o no, Pedro tras una pelea en un bingo, fue ingresado en la planta de psiquiatría de un hospital. La policía intervino. Sufría un coma etílico con una agresividad desenfrenada. Salió sin curar del todo porque una noche, golpearon salvajemente mi puerta y el olor a alcohol la atravesó, sabía que era él. Gritó varias veces “te mataré”. Llamé a la policía y éstos, tras hablar con él un largo rato tratando de tranquilizarle, nos aconsejaron, a mí que denunciara y a él que se fuera a dormir.

Cuando me quedé sola, bebí agua y tras la cortina del balcón le vi abrir la librería y meterse en ella dando tumbos.

Desesperada volví a la cama llorando sin poder dormir. A las seis de la mañana oí sirenas. Me levanté y salí al balcón. Era la policía, también los bomberos y ambulancias. El humo que salía de la librería era negro. A continuación asomaron las llamas. No me inmuté. Seguí observando todo hasta que vi cómo en una ambulancia se llevaban una camilla con un cuerpo cubierto con una sábana. Volví a la cocina y me tomé un café pero antes, envolví el quinqué en una toalla, mañana lo tiraré lejos de casa.

Según los bomberos todo señalaba a un incendio provocado. A los pocos días, la policía me interrogó. Solo querían saber cuál era mi relación con el fallecido. Les dije que era un simple empleado, no sabía nada de su vida. El caso quedó cerrado. Pedro era reincidente.



LA IMPORTANCIA DEL MAR

**ISABEL
GARCÍA
DÍAZ**

La primera vez que vi el mar, fue frente a una playa rodeada por grandes piedras rectangulares que parecían sujetar el paseo marítimo. Tendría unos seis años y llegué allí con mis tíos. Recuerdo que el ruido de las olas me asustaba. No me atrevía a acercarme hasta la orilla. Debió de ser el sol, o quizá la aprensión, lo que hizo que me empezaran a salir unos molestos granitos. Era el primer viaje de mi tía con su novio, y me llevaron con ellos, seguramente como pretexto perfecto para su escapada. Los dos eran muy jóvenes y entonces no estaba bien visto, al menos en mi familia, que siendo solo novios hiciesen un viaje juntos. Convencieron a mis padres para que me dejaran ir. No os preocupéis por los gastos, escuché que mi tía le decía a mi madre. Creo que nos alojamos en casa de unos familiares del novio, aunque los detalles de aquello los he olvidado.

El sarpullido me picaba y mi tía dijo que me notaba febril. Supongo que, aun así, no debieron de considerarlo importante, porque en lugar de llevarme al médico decidieron ir a la farmacia. Fue allí donde, según tantas veces ha relatado de mi tía, nos recomendaron unas pastillas efervescentes para mitigar el picor que me producían los granitos. No me gustaba su sabor salado. Las echábamos en un vaso de plástico de color naranja, que debimos de comprar no sé muy bien dónde, y cada mañana, al llegar a la playa, mientras miraba el mar, bebía del líquido transparente. Notaba como las burbujas me entraban por la nariz haciéndome cosquillas que siempre terminaban por darme arcadas. Eso si lo recuerdo.

¡Qué inmenso me pareció el mar! Pero entonces no lo pensé así, claro, una niña de esa edad no entiende el concepto de inmensidad. Me vi pequeña, muy pequeña e indefensa, con el vaso naranja en la mano al que yo parecía dominar y en el que se deshacía la pastilla hasta desaparecer. Contemplaba como las burbujas engullían el medicamento y al verlo, no podía por menos que pensar que, si me metía en aquel gigantesco vaso que contenía el mar, este acabaría conmigo y desaparecería para siempre, como si fuese una de esas tabletas solubles. Algo así debía de imaginar, porque todas las mañanas terminaba llorando.

Cuando volvimos del viaje mis padres me preguntaron. Cariño ¿Cómo es el mar? Cuéntanos, venga, ya sabes que no lo conocemos. Y yo me sentí mayor e importante porque, al menos sobre el mar, sabía más que ellos. Pero no entendía



esa alegría que parecía invadirles por el hecho de que yo hubiese visto el mar, al mismo tiempo que, contrariada, me preguntaba cómo me habían podido dejar desprotegida ante algo tan gigantesco y amenazante como entonces era para mí el mar, que hasta granos me salieron sin apenas haber dejado que el agua llegase hasta mis tobillos. Creo que aquello fue la primera experiencia que me empezó a hacer independiente, porque me ayudó a percibir mi individualidad. Yo era yo, ellos no eran yo, ni yo era ellos, aunque hasta entonces, como nunca nos habíamos separado, creyese que éramos la misma cosa. Me recuerdo enfadada. El mar... ¡El mar es un asco! Dije mientras ellos no paraban de reír. Claro, que vosotros no lo sabéis, añadí. Pero que sepáis que podía haber desaparecido para siempre en aquel montón de agua, cómo si fuese una pastilla burbujeante. Y fue así como, en cuanto al mar se refiere, crecí con esa sensación, con ese sentimiento de superioridad teñido de culpa, por haberme adelantado a conocer algo, tan tremendo y descomunal, que en justicia ellos debían de haber conocido mucho antes que yo. Eso fue lo que paso la primera vez que vi el mar.



¡Ya veis! Ella conoce el mar. Decía mi madre a las vecinas. ¡Mira tú, la mocosa! Aun no ha cumplido siete años y ha conocido lo que yo me moriré sin conocer, comentaba mi padre. Y yo pensaba ¿Era tan difícil ir al mar? Sí mí tía y su novio pudieron hacerlo y encima me llevaron a mí ¿Qué era lo que impedía que mis padres lo conociesen? Mamá, ¿Y por qué no podéis ir vosotros al mar? ¡Anda hija! ¿Y qué íbamos a hacer nosotros en el mar? Para eso hay que tener vacaciones ¿Y es qué vosotros no tenéis? Pues no, no tenemos. ¿Y por qué? Ay, déjalo ya, cariño, déjalo. Total ¿Qué íbamos a hacer nosotros en el mar?

Y volví al mar. Dos años más tarde volví. Me enteré de que iba a ir el día en que mi madre se lo contó a su amiga, la de la panadería. La vamos a mandar a unas colonias de verano, al norte, para que pase una semanita en el mar. Pues ya podíais ir todos, hija, ¿Es que no os apetece? Uy.... La época de más trabajo de mi marido es en verano. Imposible tener vacaciones para ir al mar. Pues no sé, Carmen, pero todo el mundo sale un poco para cambiar de aires. Calla mujer, ya vendrán tiempos mejores. Era verdad, la amiga de



Obra de Jesús Martínez García

mi madre tenía razón, casi todo el mundo en el verano iba a la playa, o al pueblo o a visitar a alguien, la mayoría de las chicas de mi clase iban con sus padres. Mi abuela se encargó de comprarme todo el equipo. Mamá le dijo que si querían mandarme a esas colonias tenía que llevar una ropa concreta, que no podía ir con la que yo tenía, que eran las normas de quienes lo organizaban. No podían perder la oportunidad, le contaba mi madre a la abuela, no sé qué de una beca le decía. No te preocupes, hija, la niña llevará todo lo necesario. Fuimos con ella a Galerías y nos hicimos con toda la indumentaria. Y otra vez se desentendieron. Viajé toda la noche en un tren con niñas y profesoras, que de nada conocía, hasta llegar al mar. ¡Vaya asco el mar! Era Julio, pero no salió el sol ningún día y la temperatura bajo mucho para ser verano. El norte es lo que tiene. Algunos días bajábamos hasta la playa vestidas, para no coger frío. Yo lo agradecí porque así no tenía obligación de acercarme a la orilla, donde las olas podrían arrastrarme mar adentro desapareciendo para siempre, como lo hacían aquellas pastillas en el vaso de plástico. Además, estaba segura de que, por eso, esa vez, me había librado de los granos. La comida me parecía asquerosa y dormíamos en una sala, rectangular y gigantesca, llena de literas. Y para colmo, me manché la camiseta de rayas y yo, que no sabía nada de coladas, tuve que lavarla en el pilón del patio con agua fría y con una pastilla de jabón enorme que me dio la monitora. A frotar, guapita, me dijo. Todo por ir al mar, al que seguía sin encontrarle la gracia. Cada vez estaba más convencida de que mis padres querían librarse de mí. ¿Por qué no venían ellos al mar? ¿Por qué volvían a dejarme ante aquel monstruo inmenso?

¿Podéis creer? Ya es la segunda vez que ha ido al mar. Ha estado en una colonia de verano, pegadita a la playa ¡Y nosotros sin conocerlo! Volvía a contar mi madre a quién se le ponía por delante. Mira que bien le ha sentado y que buen color ha traído, aunque ella dice que han tenido mal tiempo. Hacéis muy bien, Carmen, que al menos la niña tenga vacaciones. Si, claro, que al menos disfrute ella, por eso la mandamos. Ya estaba bien ¿Otra vez lo mismo? ¿Acaso yo pedía ir al mar? ¿Tenía yo alguna culpa por ir a donde ellos me mandaban? ¿Cuál era la importancia del mar?

Volví a la colonia de verano algún año más, pero dejé de preguntarle a mi madre por el motivo por el que ellos no iban al mar. Poco a poco, según iba creciendo, fui comprendiendo la importancia del mar. El mar, esa quimera ajena que yo había alcanzado. Pero ¡Y a mí qué me importaba el mar! El ruido de las olas me resultaba amenazante, el sabor salado del agua me repugnaba, la arena invadía mi cuerpo y mi ropa, el sol me irritaba la piel y encima echaba tremendamente de menos a mi familia. Hasta que un año me planté. Mamá, no hace falta que me mandéis siempre al mar. Yo no necesito ir al mar, es más, no quiero ir al mar. Pero mi niña, si yo pudiese ir al mar... Vi como a mi madre, incapaz de añadir más, se le humedecían los ojos.

LA BICICLETA Y EL MAR

ISABEL GARCÍA
DÍAZ

El cestillo azul que sujetaba al manillar de mi bicicleta arrojaba todos los olores y colores del mar. Incluso diría que, si te acercabas, se podía oír su rumor. Pedaleaba sin parar, mientras gritaba a los cuatro vientos «¡En mi bicicleta cabe el mar!» Mis primos se reían. «¡Estás loco Iván!» No me creían, pero era verdad. La única que lo entendía era mi prima Eva. Solo a ella le dejaba tocar, oler y escuchar el sonido del mar. Eva y yo íbamos con las bicicletas por el parque y, mientras los demás jugaban al pillapilla o a las chapas o a los cromos, nosotros nos apartábamos un poco, hasta llegar a la explanada de árboles que estaba tras la fuente. Eso hacíamos cada tarde.

Algunos veranos, durante unos días, Eva y yo coincidíamos en la playa con nuestros padres. Los primeros años jugábamos a hacer castillos. Juntábamos nuestros cubos y las palas, y cogíamos caracolas y cangrejos diminutos que poníamos a nadar en el foso, que rellenábamos con agua todo el rato para evitar que desapareciese absorbida por la arena. ¡Éramos unos críos! Pero ese verano, Eva no había ido a la playa con nosotros, y yo, que la echaba de menos, traje el mar para ella. El mar... El mar cabe en el cestillo de mi bicicleta. En el fondo del cestillo puse una capa de arena, un par de caracolas, un puñado de conchas de lapas y varios caracolillos pequeños. También algunas algas que trencé y que dejé secar en la terraza del apartamento durante algunas noches. Cuando volvimos a la ciudad, no dejé que papá metiese el cestillo de la bicicleta en el maletero del coche. Lo traje todo el camino sobre mis piernas. «¿Qué llevas ahí Iván?». «Llevo el mar». Ellos se reían. «¿Pero qué dices? Este chico cada día está más tonto», dijo mi hermana mayor, haciéndose la lista, como siempre. Pero yo no contesté. Para qué, si ellos no lo entenderían. Y así fue como traje el mar para Eva, en el cestillo de mi bicicleta. Lo único que no pude traer fue el agua salada. Hubiese sido difícil conservarla en el cestillo, pero la arena, las conchas, las caracolas y las algas eran el mar, porque él estaba en todas ellas.

El primer día que vi a Eva, tras la vuelta de aquellas vacaciones, fue en el parque. La noté un poco rara, diferente. Había crecido mucho y estaba muy guapa. Tenía las piernas

muy largas, el pantalón corto que llevaba las dejaba al descubierto, y sus trenzas habían desaparecido, dejando libre su melena que caía por sus hombros, suelta y brillante. Al mirarla, pensé que Eva se iba pareciendo, cada día más, a mi hermana mayor. «¡Eva, en mi bicicleta llevo el mar!» Se echó a reír llevándose la mano a la boca. «Sígueme», le dije. Y nos fuimos pedaleando hacía la explanada. Allí, abrí con cuidado el cestillo azul. Primero aspiramos el olor que desprendía, después saqué la trenza de algas y se la anudé al cuello. Ella se dejó. Estaba preciosa con el collar marino, verde y amarronado, que resaltaba en su escote blanco sobre el que caía parte de su melena. Luego cogí una



Pintura de Irma Bucholska Wazniac

caracola y la acerqué hasta su oreja. «Escucha, Eva, escucha el mar». Unos granos de arena cayeron por su pechera, sorteando las formas que empezaban a dibujarse en su cuerpo. Eva hundió sus manos en el cestillo y cerró los ojos, mientras dejaba escapar, entre el hueco de los dedos, la fina arena que reposaba en el fondo. Yo hice lo mismo, y por un momento nuestros dedos se entrelazaron, y ambos, los dos, como si nos quemáramos, sacamos las manos, derramando parte de la arena. Entonces nos sonreímos y, como saciados de mar, devolvimos los elementos al cestillo, aseguramos su cierre y, montados en las bicicletas, rodeamos la fuente y volvimos donde estaban los otros chicos para unirnos al pillapilla. Mamá, las tías y sus amigas, charlaban sentadas en el banco mientras sacaban de las bolsas los bocadillos y las botellas de agua de la merienda y nos llamaban. Y así, el ritual de la explanada se empezó a repetir cada día de los últimos de aquel verano, y el de los juegos, y el de las madres y las tías, y el de las meriendas. Pronto empezaría el nuevo curso y lo haríamos de diferente forma a como iniciamos el anterior, porque Eva había crecido, y yo también. Pero ella lo había hecho más deprisa, como si le fuese la vida en ello, como si ese fuese su único cometido, porque yo veía que me había pillado la delantera y me era imposible seguirla. Y así, entre bocadillos de chorizo o mortadela, y juegos en los que yo siempre buscaba la proximidad de Eva, apurábamos los días que quedaban del estío.

Una tarde, al llegar al parque, no vi a Eva. Sin embargo, su madre estaba allí, sentada con las demás, hablando y gesticulando con las manos, como siempre. Pregunté: «¿No

está Eva?». «Búscala por ahí, Iván, estará con los otros chicos», me dijeron. Montado en la bicicleta, me pongo a buscarla. Pedaleo por todos los rincones del parque y veo a los demás, sí, pero ni rastro de Eva. Mi cestillo va preparado, como siempre, con las caracolas, las conchas, los caracolillos, la trenza de algas y la arena, cada vez más escasa, por los granos que perdíamos cada día en nuestro ritual. Pero Eva no aparece. Recorro la zona de columpios, la charca de nenúfares, la estatua de la sirena, los setos que protegen los rosales y las siemprevivas. Me fijo en todos los bancos de piedra, busco entre las madres, los ancianos, la chiquillería, pero no puedo encontrarla. Y así llego hasta la



Obra de Jesús Martínez García

fuelle, dejando para el final la explanada. Tiemblo al dirigirme hacía ella, nuestro lugar secreto, al que íbamos juntos, nunca por separado. Y allí está. En la distancia reconozco a Eva. Sus piernas me parecen más largas, el óvalo de su cara, más definido, los movimientos de sus manos, más expresivos. Sonríe. Parece contenta. Pero su mirada y su sonrisa se dirigen a otro lugar, no son para mí. Frente a ella, veo a Sergio, otro de mis primos, algo mayor que yo, que le está mostrando el fondo del cestillo rojo de su bicicleta, y, aunque yo no sé de su contenido, me doy cuenta de inmediato de que el mar ha abandonado mi cestillo, que ya no alberga vida. Entonces, retrocedo y, sin mirar atrás, pedaleo hasta llegar a la fuente. Allí me paro y puedo sentir como si un bicho me arañase el estómago, y una bola atravesada en mi garganta me impidiese tragar. Me bajo de la bicicleta, y, mirándola, sin pensarlo, cojo el cestillo que enese momento se me antoja gris, en lugar de azul, y vacío su contenido en el desagüe de la fuente. La arena, las caracolas, las conchas y los caracolillos se cuelan de inmediato por la rejilla. La trenza de algas se resiste a marcharse, quedándose atravesada sobre el enrejado de hierro. Con la mano la fuerzo para que pase. Después, abro el grifo y dejo caer el agua hasta que todo desaparece. Aclaro el cestillo de plástico bajo el chorro y, mojado, vuelvo a colocarlo en el manillar. Luego pedaleo sin parar, sin parar, sin parar, con rabia, hasta que me falta el aliento y las piernas me queman. Paso un buen rato dando vueltas alrededor del parque, de los setos, de la estatua, mientras

me esfuerzo en seguir con la mente el viaje de la arena, de los caracolillos y de las algas. Las puedo ver en procesión, marchando por las alcantarillas, hacía el río, dejándose llevar por la corriente, dando volteretas sobre el agua, buscando el camino hasta llegar al mar. Allí, arrastradas por una ola hasta la orilla de la playa, se quedan ancladas en la arena junto a otras conchas, otras algas, otros caracolillos, a los pies de unos niños que intercambian sus palas, comparten sus cubos y dan forma a castillos efímeros, que el mar destruirá para siempre.





Lola Azcona

¡¡¡Que grandes recuerdos de aquellos ratos leyendo tebeos!!! Era una forma de leer viviendo aventuras y también, nos divertíamos.

Recuerdo las aventuras de El Guerrero del antifaz, El Capitán Trueno, Roberto Alcázar (siempre con traje y corbata) y Pedrín (un ayudante que adoptó). Peleaban en el lado de los buenos y siempre ganaban. Viviendo en un pueblo, esta era mi forma de viajar y vivir distintas aventuras; ¡todo lo que la fantasía te permitía ya que eso no cuesta dinero!

Otros eran los de humor con las hermanas Gilda, Zipi y Zape (con sus trastadas), Carpanta (pobre no daba tanta risa, porque tenía mucha hambre y a veces se comía hasta la suela de sus zapatos) Mortadelo y Filemón. Los grandes

eventos del TBO ¡¡muy divertidos!! (aunque imposibles de realizar) Los diálogos para besugos que comenzaban: Buenos días, Buenas tardes... De este tebeo era lo primero que leía.

Y por supuesto, no pueden faltar los tebeos de hadas. Estas eran historias muy lacrimógenas, pero en la pubertad/adolescencia... éramos de lagrima fácil.



Obra de Jesús Martínez García

Era un tiempo un “pelín” oscuro y la gente de mi generación buscábamos la forma de hacerlo un poco más luminoso.

En aquella época, no había muchos medios económicos, pero el ingenio...hacia el resto. Y así, descubrimos una forma económica de leer muchos tebeos, practicando el método que ya se hacía en tiempos remotos: EL INTERCAMBIO. Una formula muy interesante que además te permitía socializar, preguntando sencillamente: ¿Cambias tebeos?

Un dato curioso, es que la Real Academia de la Lengua recoge la definición de tebeo, pero no la de comic, palabra inglesa, que es como generalmente hoy en día se llaman a los tebeos.



UN CÓMIC DE PELÍCULA

V FOR VENDETTA

**«Recuerden, recuerden, el 5 de noviembre.
Conspiración, pólvora y traición. No veo la demora
y siempre es la hora para evocarla sin dilación»**

Cada 5 de noviembre, los amantes de *V de Vendetta* comparten esta frase tan repetida en la película.

Otro aspecto que distingue a los verdaderos fans es la presencia del cómic original en sus estanterías. Y es que la famosa película de 2006 tiene su origen en una serie de diez cómics escritos por Alan Moore e ilustrados por David Lloyd en la década de los 80.

La historia está situada en un futuro distópico a finales de los 90, cuando una guerra iniciada en los Estados Unidos llega hasta Gran Bretaña, donde se instala un régimen



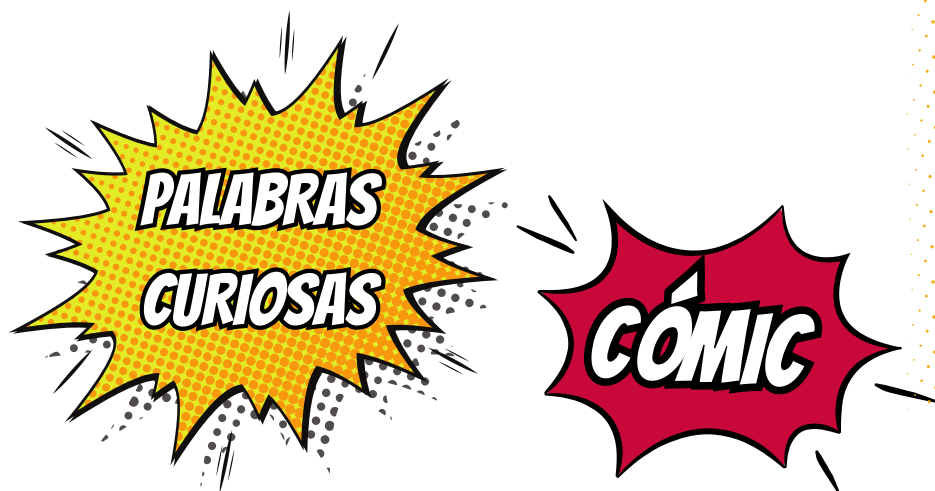
fascista que ha llegado al poder a través del caos y del miedo.

En esta ambientación distópica, un misterioso revolucionario de nombre V ejecuta su plan para derrocar al partido y llevar a cabo su venganza. Su *modus operandi* pasa por incitar al pueblo a que se subleve contra sus gobernantes. Eso es lo que convierte a V en un héroe único.

En un principio, David Lloyd diseñó al personaje de V con apariencia ninja, pero terminó convenciéndose de que era demasiado tradicional, por lo que le dio la apariencia de un "Guy Fawkes resucitado". Fue también Lloyd el que acordó que nunca se rebelaría la identidad del héroe.

Más allá del elevado contenido político y revolucionario de la obra, así el filosófico o el literario, una cosa es certera: cada lectura o visionado nos promete el descubrimiento de nuevas tramas. Algunas de ellas son: la manipulación mediática, el poder de los símbolos, la utilización de armas químicas, la posibilidad de amar un ideal, etc.

Os animamos a experimentar tanto la novela gráfica como la versión adaptada al cine por las Hermanas Wachowski, prometiéndooos que ningún otro 5 de noviembre pasará indiferente.



Cómic > comic > *comicus* > *komicos*

La palabra cómic procede directamente del inglés *comic*, haciendo referencia a esas caricaturas que se ponen en secuencia para contar un chiste.

A su vez, *comic* ha derivado del latín *comicus*, con el significado de "cómico", "comediante" e incluso "poeta".

Finalmente, *comicus* tiene su origen en la palabra griega *komicos* que remite directamente a *komedia*.

Este término está formado por las partículas: *komos* ("desfile", "procesión victoriosa", "canción de triunfo") + *odé* ("canción") + *ia* ("cualidad").

¿Sabíais que la palabra *cómic* tiene toda esa historia detrás?



PERSONAJES INOLVIDABLES

Blanca,
en Nada que perder
de Susana Fortes

Roberto Amilburu

Otro año más que está avanzando inexorablemente. Y el gran gato negro remolón y curioso, siempre desde las sombras, acechando en los atardeceres, acechando mis pensamientos, acechando mis sueños, buscando los rincones cálidos, los sillones cómodos y los últimos rayos de sol del crepúsculo, cuando la actividad se paraliza de repente, la ciudad se vuelve silenciosa, esperando que el sol desaparezca del rojizo horizonte invernal. Parece como si todo ser vivo contuviera la respiración...

Porque este libro es eso, contener la respiración durante su lectura, en la que avanzas a ritmo frenético intentando conocer el final de la historia. Susana Fortes, autora predilecta desde su memorable "Quattrocento", una vez más, no decepciona. No es de los autores de masificación comercial en las interminables pilas de libros idénticos de los que te preguntas si se llegarán a vender todos, cómo



es posible. Quizás ha quedado como autora de culto, de historias sugestivas, inteligentes y de matices, de las que hacen pensar. Sus novelas tienen un especial atractivo y su persona también. De sonrisa franca y abierta, esta gallega se ha sabido ganar el aprecio de muchos lectores que valoramos al escritor y a los relatos inteligentes. Y sus personajes femeninos suelen tener una profundidad y una complejidad atractivos y sugerentes que los hacen caer bien al lector desde el comienzo, incluso con sus problemas y sus traumas.

El personaje principal, el protagonista y el “inolvidable” no es fácil. Es una mujer, Blanca de nombre, en un estadio de madurez asentada y con un equilibrado pasado detrás de evolución personal. Excepto. Excepto “ese” episodio de su niñez en el que ella desaparece, junto con sus dos amigos, y desaparecen también sus recuerdos. Situación que le persigue, en su tranquila vida, durante toda ella. Ella aparece. Sus amigos no. Nunca se supo más de ellos. Y ella aparece en circunstancias un tanto misteriosa. Y han pasado veinticinco años. De desasosiego, de incertidumbre, de volver una y otra vez al comienzo, a los recuerdos, a los que quedan y a los que no hay forma de desenterrar.

No es la típica novela policíaca ya que no lo es. Ella y un periodista serán los encargados de zambullirse y bucear entre lo actual, lo pasado, los recuerdos, lo rememorado y lo imaginado, entre esa niñez interrumpida, congelada, siempre a la espera de poder volver a ver a sus mejores amigos.



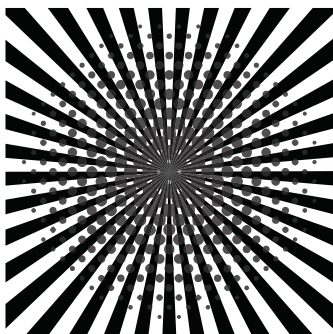
Buceando por su inconsciente, por los inconscientes complejos del periodista, por el inconsciente de los demás, todos implicados y cómplices de unos hechos que, por diferentes causas o por las mismas, todos quieren ignorar, ocultar y olvidar, para su tranquilidad y la de sus atávicas vidas de costumbres enraizadas y de rémoras, ocultos tras la presunta imagen idílica de nuestros paradisíacos pueblos de origen, de la Galicia profunda, de la España profunda.

Se lee sin interrupción en una identificación con la protagonista, sintiendo sus temores y sus angustias y dando pasos en el descubrimiento de la verdad, porque, aunque parezca imposible, siempre hay una verdad detrás de todo, aunque sea más fácil ignorarla y relativizar como es costumbre hoy día. Todo tiene que quedar indeterminado, todo tiene que quedar inconcluso, las cosas suceden porque sí y basta, ya está... para nuestra tranquilidad.

¿Le habrá gustado? No lo sé. Su mirada es hierática, escrutadora, introyectiva. Me mira despreocupadamente. Lo ha leído, ya que estoy convencido de que los gatos saben leer, y, satisfecho, bosteza, poniéndose panza arriba. El gran gato negro, gordo, inmenso en su negrura, nos observa desde su privilegiada posición en el mundo y cierra los ojos, por fin descuidado y feliz.



Majadahonda, 22 de Marzo de 2023



José Manuel Guijarro Esteban

"Todo cambia, y cada uno de los contornos recibe una configuración efímera". *La Metamorfosis*, Ovidio



Foto nº1: Galería de la antigua cárcel de Carabanchel

Ver esta foto y reconocer el espacio que representó me produce desazón; es como si de pronto aquellos años hubieran regresado y me viera inmerso en tantos acontecimientos que hoy me vienen a la memoria. Es una galería de la antigua cárcel de Carabanchel, inaugurada en

junio de 1944 y cerrada en 1998. Desde esta fecha el edificio, derruido en octubre de 2008, fue habitado por diversos tipos de okupas, se llenó de grafitis y poco a poco fue perdiendo las ventanas, barandillas, puertas y escaleras con destino a la chatarra. Todas las intentonas de recuperarlo para otros fines fracasaron. El último intento es el acuerdo del Consejo de Ministros, publicado el 15 de noviembre pasado que propone un Centro de la Memoria, pero integrado en la nueva sede de Instituciones Penitenciarias que se construirá en los terrenos que ocupó la cárcel.

Miro la foto de este edificio abandonado, lleno de herrumbres, escombros, grafitis... y me pregunto ¿Cómo transcurría la vida en su interior? Contacto con un antiguo preso político, José Manuel militante de la Joven Guardia Roja, prisionero allí en tres etapas distintas de los años 70 del siglo pasado. Tomamos un café una fría mañana de enero y me dice que la galería de la foto parece la tercera “Esta era la galería donde encerraban a los presos políticos” “fíjate, que tiene forma trapezoidal, ancha por la parte de entrada y estrecha por el final, la forma de un ataúd; la primera vez que entré allí me pareció toda una metáfora, nos entierran en vida, me decía, pero parece que esa forma tenía una razón más funcional, pues así desde la cúpula central los funcionarios podían ver todas las puertas de las distintas galerías. Aquí también pasaron un tiempo los últimos fusilados del franquismo, aunque yo no coincidí con ellos”. José Manuel, con el pelo cano, ya no es aquel joven que estuvo preso en esa galería, pero tiene recuerdos vívidos de su estancia en la cárcel. Me habla de presos que

le dejaron huella, el asturiano Juanín del proceso 1001 con el que compartió celda y que luego murió en accidente de coche, de Garbantxo, un poli-mili de Guipúzcoa, con el que jugó muchas partidas de ping pong en el patio, de Sartorius “que tipo tan elegante, lo era hasta vestido con chándal” También me habla de la desilusión de algún encuentro “Emilio que había sido mi profesor de matemáticas en el instituto de San Blas, me saludó con cierta distancia creo que por no ser del mismo grupo político; había mucho sectarismo” Me habló con elogio de Marcelino Camacho “que tipo tan encantador, de piel fina y mirada clara; hablaba un castellano perfecto y era pero que muy acogedor” “Cuando llegué a cumplir condena, Marcelino fué a saludarme a la séptima galería, que era por donde entrabas y te tenían cinco días sin apenas salir de la celda. Me dijo, ‘has tenido suerte, Franco esta muy grave, ya no sale adelante’, le había informado su abogado Ruiz Jiménez” Me habla también de Goyo, el cocinero de la comuna en la que él se integró, formada por militantes del PCE, de CC.OO, de los poli-milis, del PTE y de la JGR. “José Manuel dile a tu padre que la próxima semana nos traiga un saco de patatas” “ los familiares de los que vivíamos en Madrid eran los que más proveían de alimentos a la comuna. Al final de la comida nunca faltaba el café de Marcelino que se regodeaba cogiendo una cucharilla y enseñándola a todos ‘mirar que espesito y rico me ha quedado’. No – continúa – no creas que el nombre de comuna obedecía a algo más, solo era un sitio para tener una comida distinta al rancho de la cárcel”.

Cuenta que la galería tercera estaba integrada por presos políticos en su totalidad; aunque a veces en la 4a planta había travestis. “Miro la foto que me enseñas y oigo la voz del ferrolano Piñero llamándome ‘ese José Manuel’ si me retrasaba algo, después del recuento del mediodía, para echar la partida de dominó o asistir a alguna reunión. Esa era la forma de llamarnos para cualquier actividad, ese tal, ese cual...Pero lo que más resuena en mí de esa imagen es la madrugada en que murió Franco, los presos encargados de abrir y cerrar las celdas ayudando a los funcionarios en los recuentos, se saltaron todo el protocolo y abrieron las celdas al amanecer. El estruendo de los cerrojos nos despertó a los trescientos o cuatrocientos presos que salimos en pijama pidiendo amnistía y libertad; cantamos a coro la internacional y otras canciones de Paco Ibáñez, Labordeta: ‘habrá un día en que todos al levantar la vista veremos una tierra que ponga libertad’ La manifestación duró mas de una hora y terminó fumándonos un puro en ayunas y tomando un café calentito; no, no seas malo, no eran habanos, eran farias”.

CONTINUARÁ...

SIGUIENDO EL CAMINO COSTUMBRES Y TRADICIONES

Mercedes Jiménez Cámara

Anteriormente acabe en la entrada del pueblo, nada más de pasar el puente viejo y a la entrada de la iglesia. Voy a hablar un poco de la iglesia, se puede decir que es el punto más importante del pueblo, los domingos se celebra la misa y para los habitantes es un día especial, el día que se dejan las tareas diarias y uno acude con sus vecinos a misa y después a tomar el vermut al bar del pueblo, el ritual seguirá por la tarde después de la comida, los hombres marcharán a jugar la partida y a tomar el café y sin lugar a dudas a pasar la tarde.

Pero la iglesia es mucho más, la torre alberga la campana y es una ritual importante. Las campanas se tocan para llamar a misa, a fuego, a muerto o para celebrar la alegría. Hay muchos toques diferentes de campanas. Todavía hoy se sigue conservando los toques y la tradición de subir por las estrechas escaleras que llevan al campanario a tocar las campanas. En los últimos tiempos se está activando esta tradición y existe una asociación que defiende y enseña los diferentes sonidos de la campana y he de reconocer, con alegría, que hay muchos niños y jóvenes preservando estas costumbres.

En la actualidad la falta de sacerdotes hace que la misa sea dirigida por laicos y el cura solo acude en momentos importantes ya sean las fiestas o los entierros porque por desgracia los bautizos, comuniones y bodas casi han caído en el olvido. Claro que el sacerdote tiene a su cargo un buen número de pueblos y sería imposibles acudir y cumplir con todos.



Fotografía de Mercedes Jiménez Cámara

Vuelvo a la puerta de la iglesia y esta la carretera que atraviesa el pueblo y que nos dirige al siguiente pueblo, pero antes voy a hablar de la vivienda de la zona. En su momento cuando fui por primera vez, las casas eran de tapial con ventanas y puertas de madera y teja árabe que cubrían las casas con diferentes tonalidades de rojo. Las calles sin asfaltar, lo normal que fueran de tierra bien prensada. Ahora el panorama es muy diferente, las casas cubrieron sus fachadas con ladrillos de diferentes colores, las ventanas y puertas de madera desaparecieron y dieron paso al aluminio y otros materiales más modernos. El tapial se ve en pocas construcciones, pajares, naves agrícolas y casas que han querido mantener este tipo de construcción e incluso algún valiente que ha rehabilitado y conserva este tipo de construcción, típico de la zona y totalmente ecológico.

Os voy a contar como eran esas casas, para mí, una verdadera obra de arte y que deberían de estar conservadas porque se puede perder de forma irreversible y con ellas desaparecerá una parte de nuestra cultura. La construcción está realizada de forma comunal, los vecinos y familia ayudaban a la construcción pues requería mucho trabajo y tiempo. El material es el barro rojizo mezclado con paja. Los cimientos se hacían con piedra y alzaban sobre el suelo sobre un metro o algo más luego de ponían unas tablas por ambos lados que se unían con otras más pequeñas. Se echaba el barro y se prensaba con grandes mazos de madera, había que esperar que fraguara antes de

mover el entablado y realizar otra parte. Normalmente las casas son de dos plantas, la baja es la parte de vivienda y la superior con un doble de madera (pino) es “la panera” el lugar donde se guardaba el grano que servía para dar de comer a los animales y el que se llevaba al molino del pueblo para luego hacer las hogazas de pan que era una parte importante del sustento.

La planta baja tenía lo que se llamaba la cocina de leña, pues el fuego se hacía en el suelo y ahí se cocinaba la comida de la casa y la de los animales de engorde, esta se hacía en grandes ollas de hierro que se colgaban con una cadena encima del fuego.

Había dos puertas una que daba entrada a la vivienda y otra mucho más grande que daba acceso a las cuadras y pajar y servía para meter los carros y los animales. Casi todas las casas contaban con un pozo. El suelo de la planta baja, en la mayoría de las viviendas, era de tierra bien prensada que se barría todas las mañanas con las escobas.

Curiosamente teniendo en cuenta el frío que hacía en la zona, en invierno se helaba el río, las casas estaban abiertas a un patio, Era muy normal que en esta parte interior hubiera galerías de madera, aunque en alguna vivienda también había alguna galería exterior. Se me ha olvidado decir que las cocinas contaban con un horno hecho también de barro y donde se hacía el pan, hogazas

gigantescas que servían para hacer el desayuno clásico que consistía en unas buenas sopas de ajo comidas en unos recipientes de barro y los dulces para las fiestas y acontecimientos importantes, en otro momento hablare de las magdalenas y el bollo de antruejo.



Fotografía de Mercedes Jiménez Cámara

El cassette

Lejos de mí

Mariano Dálnez

Le di una segunda oportunidad a las novelas de Lorenzo Silva por recomendación del profesor de literatura. Se lo agradezco, y no sólo por la lectura, sino porque volví a encontrarme con Sergio Endrigo.

Lo tenía totalmente olvidado, justo en ese lugar del cerebro en el que los recuerdos están siempre a punto de volver, pero necesitan un empujón externo. Yo ya había hecho la mili cuando Sergio Endrigo ganó el festival de la canción de San Remo con Roberto Carlos.

Seguí sus pasos cuando musicó el poema de Rafael Alberti La paloma, que tendría tanto éxito en España en su versión de Serrat.

Aunque si sólo pueden escoger una canción suya, no lo duden, Lonfano dagli occhi es un tema que no podrán olvidar, aunque cuando lo escuchen, su cerebro les rescate el recuerdo de la versión española que de este tema hizo Dyango.

LA CARA OCULTA DEL ARTE

La ceguera de Claude Monet

Claude Monet (1840-1926) fue un famoso pintor francés y uno de los creadores del impresionismo, que contaba con una técnica y, sobre todo, un trazo muy peculiar.



Aunque comenzó su trayectoria enmarcado en el estilo realista, a partir de 1860 se desvió tanto del gusto de la época como de los patrones marcados por las academias de arte. Junto con Renoir y Edgar Degas pasó a formar parte de las exposiciones impresionistas durante la década de 1870.

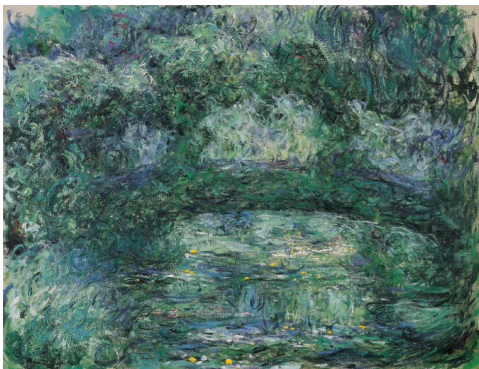
En 1880 Monet desarrolló su concepto de "series" en las que representa el objeto pictórico varias veces para dar cuenta de los cambios en su iluminación. También en esta época comenzó a realizar obras sobre el jardín de su casa en Giverny, donde las flores y los nenúfares fueron motivos principales.

Otro de los acontecimientos que cambiaría el estilo de Monet sería su diagnóstico de cataratas en 1912, cuando tenía 72 años. A partir de entonces, el paso del tiempo le fue impidiendo captar los colores y sus tonos, por lo que comenzó a producir cuadros más oscuros e indefinidos. No obstante, Monet nunca dejó de pintar. En la siguiente serie podemos percibir el impacto que esta ceguera progresiva tuvo en su obra.



*Japanese Footbridge and
the Water Lily Pool* (1899),
fotografía de philamuseum.org

The Japanese Bridge
(1918-1924),
fotografía de privada.com



El puente japonés (1922),
fotografía de
impressionistarts.com

BIENVENIDO, MÍSTER MARSHALL

70 años de su estreno

Bienvenido, Mister Marshall es una película española dirigida por Luis García Berlanga y con José Isbert, Manolo Morán y Lolita Sevilla como actores protagonistas.

La película es una crítica de la sociedad española de la época y fue estrenado el 4 de abril de 1953 en el Cine Callao de Madrid, por lo que está de 70 aniversario.



Fotografía de filmaffinity.



La historia tiene lugar en Villar del Río, donde los habitantes del pueblo pretenden impresionar a los visitantes estadounidenses para beneficiarse del Plan Marshall.

En la película se retratan los estereotipos de ambas culturas, todo en un tono de sátira y crítica disimulada.



En el blog *alvaromonteyfoto*, nuestro compañero Álvaro lleva a cabo desde 2012 una exposición de fotografía alrededor del mundo de cuya calidad y belleza os queremos hacer partícipes.

Entre los escenarios más recientes donde que Álvaro y su cámara han recorrido se encuentran: Asturias, Bangladesh, Bolivia, Etiopía, Senegal, Mali, las Cataratas de Iguazú y Madagascar. No obstante, no solo os conmoverán estos paisajes tan remotos y especiales, sino la técnica fotográfica que nuestro artista pone en juego.

El modo de captar los colores y los juegos con el tiempo de exposición son piezas clave en sus fotografías naturales, logrando la sensación de transportarnos a otros mundos.

Además, en sus retratos hay algo que trasciende a toda técnica: la humanidad con la que logra captar a las personas, así como las costumbres y oficios que quedan expuestos, convierten el don de Álvaro en verdadera magia que nos acerca esos rincones del planeta, cómo si fuésemos nosotros quienes caminan por sus calles, suben a esas montañas, descienden a las profundidades de las minas y contactan con esa preciada alteridad.

EMILIA MORENO



Nuestra compañera Emilia Moreno, nos ha sorprendido durante este invierno con dos exposiciones: "Momentos" en el Colegio oficial de aparejadores y arquitectos y "Cruce de miradas" en el centro Cultural Carril del Conde.

Muchos desconocíamos su faceta de artista y hemos recibido con alegría y asombro sus dotes de pintora. Las exposiciones llenas de color y miradas que interpelan directamente a quien las observa, son una muestra de su delicadeza a la hora de percibir el mundo que la rodea, el mundo que conoce y muchas veces el mundo que también a ella la sorprende y atrapa.

Ojalá podamos disfrutar mucho tiempo y muchas veces de obras tan expresivas como las que Emilia nos ha regalado en sus exposiciones.





A José Luis J.A.
que, entre dibujo y dibujo,
leía incansable a Roberto Alcázar y Pedrín.

Puedo recordar perfectamente, si cierro los ojos, la sonrisa de Lis el día que llegaba a la escuela con la última historieta de Roberto Alcázar y Pedrín, recién leída y debajo del brazo.

Me prestaba las historietas dos días, no más. Luego debía devolvérsela para su colección. Nunca supe si disfrutaba más leyéndola o en el momento, que ya leída, me la prestaba sabiendo que yo estaba a punto de descubrir la última aventura que lo había fascinado.

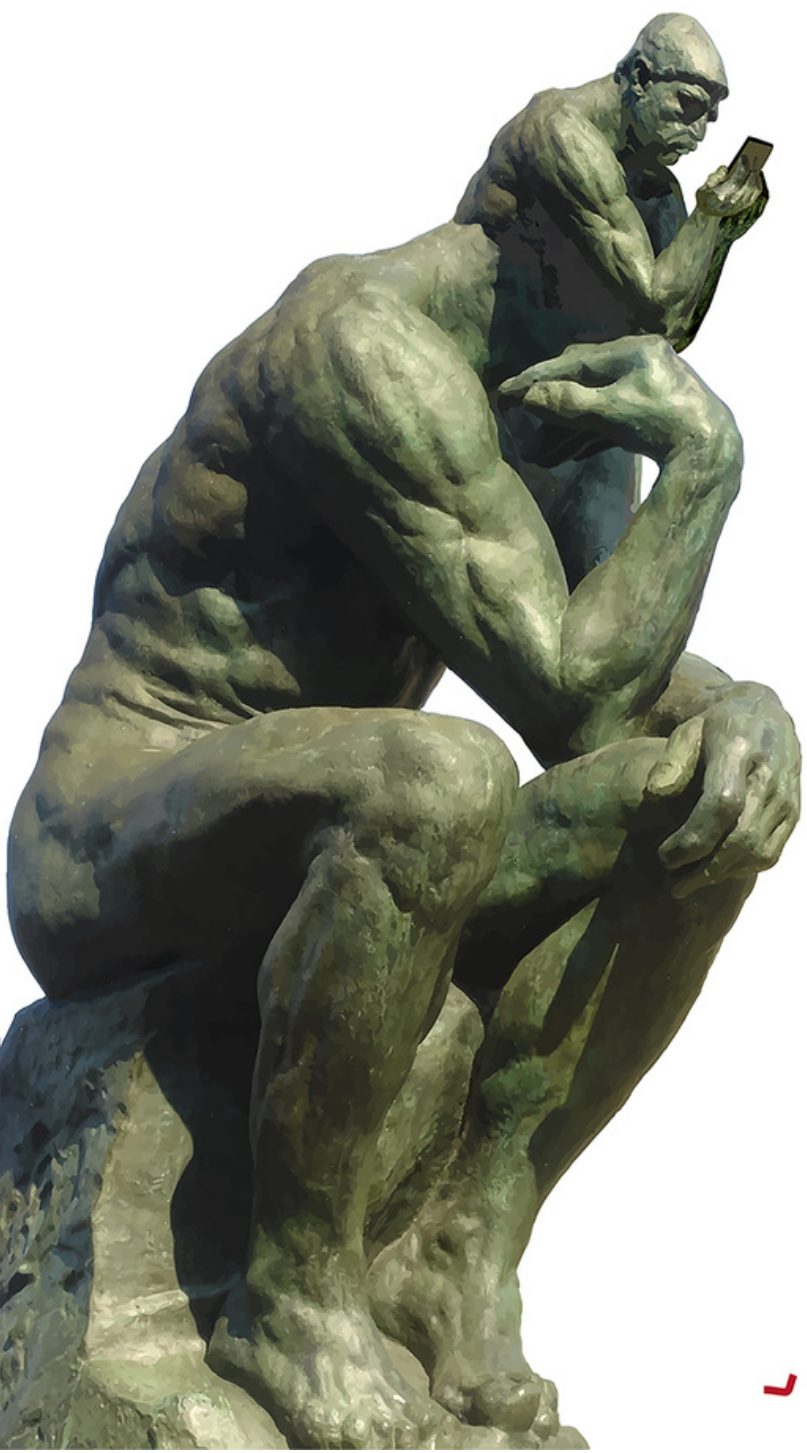
Tenía casi 1.200 historietas de Roberto Alcázar, y sólo le faltaban algunas que no pudo conseguir cuando estuvo trabajando en el banco en Londres. En 2009, cuando cumplió setenta años, quise regalarle alguna de aquellas historietas que no tenía, y descubrí que ahora no son políticamente correctas.

Ya sabíamos, cuando las leíamos, que no se debía torturar en un interrogatorio, pero a nadie se nos escapaba que sucedía, como aún sucede en algunos lugares del mundo. ¿Cómo aprenderán mis nietos, que por fortuna son ajenos, algunas de las desgracias que han sucedido y siguen sucediendo no tan lejos de nuestras casas?

El arte políticamente correcto, o reescribirlo, silencia a millones de víctimas, nos encierra en un falso *buenismo* y, desde luego, nos deja sin los referentes que nos han hecho empáticos y comprensivos.

Un Roberto Alcázar correcto, como tantas otras obras que he leído, crearían un vacío en mi recuerdo y créanme que no estoy dispuesto a olvidar la sonrisa de mi amigo...

Cándido Dean



JUNCO